México
ciudad que es un país

por

Vicente Quirarte

PRE-TEXTOS

CIMIENTOS

El 21 de junio de 2015 se derrumbó el techo de una vivienda en la calle de Perú, con el consecuente desalojo de todos los inquilinos y la clausura del inmueble. El hecho tuvo lugar en el denominado Centro Histórico de la Ciudad de México. Los nativos preferimos aplicarle el llano, esencial y entrañable sustantivo *centro*.

Se trata de la casona de Allende, 48, esquina con Perú, en el corazón del barrio de la Lagunilla, donde transcurrió mi infancia y primera adolescencia. La sensación inmediata fue que el enemigo daba un paso adelante: la memoria –y no el peso del pasado– era amenazada, del mismo modo en que somos despojados de otros valores en el México cada vez más violento e inhumano.

Unos días después del cambio oficial de Distrito Federal a Ciudad de México, como siempre ha sido llamada por sus devotos e iniciados, se inauguró en el antiguo Teatro de las Vizcaínas una maqueta monumental con la que se hace saber a sus escasos visitantes el privilegio y orgullo de vivir en una de las ciudades más pobladas del planeta, donde el milagro subsiste a pesar del desastre.

Con objeto de ver la casa, en una expedición al centro me acompañó Ángeles González Gamio, cronista excelsa de la Ciudad de México, con quien escribí, a instancias del tercer autor, el arqueólogo Eduardo Matos Moctezuma, centinela del Templo Mayor, *México en 1554 y 2014*. Tras intentar infructuosamente entrar en el inmueble, declarado "en estado de emergencia, expropiación o demolición", hicimos parte

de nosotros un tequila en la cantina La Esperanza, existente allí desde mis años infantiles y a la que, por supuesto, entonces no tuve acceso. Mientras la casona enviaba sus intermitentes mensajes a la memoria y me daba la estructura final de este libro, Ángeles identificaba los cimientos de la ciudad primigenia, sobre piedras prehispánicas, donde se levantó el vecino convento de San Lorenzo. Luego me llevó al templo de ese nombre a reconocer los vitrales diseñados por Mathias Goeritz para aligerar la grave y hermosa cúpula de tezontle, así como el monumental bajorrelieve del altar que representa la mano martirizada de Jesucristo, causante de mis pesadillas infantiles. Por Ángeles igualmente me enteré de que el párroco de la iglesia era entonces Ramón de Ertze Garamendi, cura progresista amigo de mi padre, con quien seguramente discutió varios capítulos de su libro *El problema religioso en México*, paradigma de tolerancia y espíritu interpretativo.

La ciudad, como máquina del tiempo en que mejor navego, es la que guarda recuerdos de mis primeros años. Tuve el privilegio de nacer en el centro de la Ciudad de México, en el barrio de la Lagunilla, así llamado en nombre de la más pequeña laguna existente entre el gran lago central de México y el de Nonoalco Tlatelolco, donde se nos concedió echar a vuelo nuestros papalotes niños, antes de que en sus terrenos se construyera la unidad habitacional que padeció considerablemente el terremoto de 1985.

Por lo tanto, ésta no es una historia ortodoxa de la capital, sino una historia personal del espacio en que he vivido sesenta y dos años. Suma de hechos personales, insertos en el pentagrama de un transcurrir más vasto: relación de la ciudad y uno de sus habitantes.

La infancia está formada tanto por recuerdos personales como por aquellos que incorporamos mediante la representación que nos lleva a identificar sensaciones, aromas, es-

tampas de nuestra experiencia íntima e intransferible. Uno, entre muchos ejemplos, el descubrimiento de la historieta *La familia Burrón,* tuvo lugar para mí años después de la existencia de ese palpitante mural de la vida mexicana: conocerlo fue reconocerlo. La casa que veía en esos dibujos era la casa en la que yo vivía. De ahí mi persistente amor por las películas en blanco y negro firmadas por Juan Bustillo Oro, Ismael Rodríguez, Alejandro Galindo y Emilio Fernández. La vecindad del callejón del Cuajo era la misma del patio central y escalera al frente que se abría como cola de una sirena que a todos nos albergaba y acogía.

Los medios llamaron *casona* a mi vivienda natal cuando dejó de ser patrimonio de nuestra memoria individual para convertirse en noticia pública. *Casona* es un superlativo que prestigia al sustantivo *casa.* Instintivamente llamamos *mi casa* al espacio concedido en nuestra breve estancia planetaria. Es *la casa* cuando nos referimos a ella ante los otros miembros de la tribu. En la posterior caminata que hicimos por el barrio, la mirada educada de Ángeles me hizo notar la grandeza de las construcciones, algunas de ellas expresamente levantadas para ser casas de viviendas, pero en su mayoría parte de vastos conventos, posteriormente adaptados a raíz de la expropiación hecha en el siglo XIX por las Leyes de Reforma. En el catálogo de inmuebles del Instituto Nacional de Antropología e Historia, consultado por Ángeles, se hace notar que mi casa tiene fragmentos de los siglos XVII y XVIII y que fue parte del vecino convento de San Lorenzo. En la publicación aparecen además fotografías que me provocaron "calosfríos ignotos": la fastuosa escalera de piedra de mi casa y las columnas que sostienen el monumental frontón que corona el patio. "Éstos fueron palacios", escucha el niño Luis en el relato de Carlos Fuentes.

En su libro ya clásico *La imagen de la ciudad,* Kevin Lynch establece cinco elementos para la lectura del espacio urbano:

por *senderos* entiende los canales a través de los cuales el observador se mueve; los *bordes* son las fronteras entre dos lugares; los *distritos* o *barrios,* las secciones que tienen aspectos bidimensionales y con un carácter común; los *nodos,* los puntos en la ciudad que constituyen el foco del tránsito; y, finalmente, por *hitos* entiende los objetos que pueden percibirse desde varios ángulos y distancias.

A partir de la sintaxis establecida por Lynch he intentado elaborar este mapa de mi ciudad. Los denominados por él *hitos* y *nodos* forman parte esencial de mi acercamiento, porque integran la imagen de una urbe presente en las edificaciones y lugares que mejor nos identifican de manera sincrónica y diacrónica. Una construcción como la Catedral asombra a iniciados y profanos, del mismo modo en que un palacio, como el de la antigua casa que albergó tanto el Tribunal de la Santa Inquisición como la antigua Escuela de Medicina, guarda voces, ecos y fantasmas, usos y vivencias que ha tenido a través de las edades.

"*A child of the city*", escribe sobre sí Lewis Mumford para explicar el origen de su lectura de la urbe a través de la historia. Ser niño en el centro de una ciudad supone amar sus cimientos y su origen. Ser de barrio es comprender la ciudad desde su ombligo. Lo explica inmejorablemente Baltasar Dromundo en un párrafo de su libro *Mi barrio de San Miguel*:

> No es como un gran hogar, sino la plaza en que desembocan muchos hogares con sus alegrías, sus privaciones, sus rencillas, sus nuevos chicos endemoniados y oscuros, terribles y luminosos, apagados o anónimos. Es un sitio donde la personalidad se forja lentamente, con flojera de suave vagancia, a golpes de la calle y casi siempre entre solicitaciones y urgencias de todo orden.

Desde que fue establecida por sus primeros pobladores y antes aun, cuando fue imaginada por los peregrinos que desde Aztlán iban al encuentro del espacio predicho, México concibió la diferencia entre el ámbito sagrado y el profano, así como la certeza de que su traza repetía un orden mayor, el orden cósmico. Dentro del espacio religioso se levantaron los templos dedicados a las principales deidades. Fuera de él se decretó el establecimiento de barrios, cada uno de los cuales debía contar con su propio templo. Los españoles aprovecharon dicha circunstancia para ocupar el núcleo de la ciudad, fortificarlo y desplazar a los barrios las habitaciones de los grupos más desvalidos. De tal manera, a través de la evolución de la urbe, este orden de cosas no cambió de manera notoria: el centro crecía cualitativamente mientras los barrios se degradaban de forma inevitable. En la actualidad, los barrios defienden su identidad y autonomía mientras el centro, no obstante su degradación paulatina, afianza los valores originales y fundacionales de la urbe.

Las primeras líneas que escribí en mi vida tuvieron como protagonista la ciudad, esa que hice mía desde un principio, y, de manera más profunda, mi barrio. Era un cuento rústico cuya única virtud es que aún huele a carpintería y a Navidad. Desde entonces he dedicado varias obras a leer la capital mexicana desde diversos lenguajes y perspectivas. Para que éste se incorporara a la colección "Cosmópolis" de la Editorial Pre-Textos, por gentil invitación de Manuel Borrás, quise armar un libro donde la escritura fuera el personaje central. Por lo mismo no tiene notas al pie de página, aunque a lo largo del discurso se menciona el título de obras capitales.

El amor es la emoción más alta que podemos experimentar y precisa de una educación y reinvención continuas. La palabra *emoción* recorre un amplio espectro, pero se aplica tanto a ocasiones de contento como a tragedias cotidianas:

emoción es tocar la ciudad como si fuera nuestra por primera vez: el corredor de fondo que al leerla con la paulatina fatiga de su cuerpo y la victoria sobre sí mismo le otorga un sentido inaugural; emoción el instante en que se cruzan los caminos del desvelado y el madrugador, ambos en busca de su epifanía; emoción la del estudiante venido del septentrión urbano, el *chintololo* de Azcapotzalco que pone por primera vez su planta en el Zócalo y al sentirse parte de un nosotros sabe que él es la ciudad; emoción la de la pareja que al día siguiente del terremoto de 1985 entra en un hotel a darse el cuerpo y demostrar, como quería el poeta, que "amar es combatir"; emoción es la mujer madura que por vergüenza nunca ha ido a un balnerario, pero un día específico se afana por llegar antes que nadie para participar como la primera de los veinte mil ciudadanos en la fotografía de Spencer Tunick y expresarse más con su cuerpo desnudo que a través de las palabras; emoción es dejar la ciudad para siempre, desde la Sofía Ahumada que el 31 de mayo de 1899 elige para suicidarse como gran escenario la torre Poniente de Catedral hasta la mujer y su hija que a la hora más nutrida del transporte se arrojan a las vías del metro en este joven y ya trágico siglo XXI.

Emoción es un término esencial en el monumento erigido a la memoria de John F. Kennedy en la ciudad de Dallas. La placa alusiva hace constar que se trata de una pieza dedicada a recordar no "el duelo de la muerte, sino la alegría y la emoción de un hombre". De tal manera, el monumento aspira a despertar el entusiasmo por la energía vital antes que a conducir al llanto por el asesinado, en una ciudad que no puede borrar el hecho de haber sido escenario de un suceso transformado en hito geográfico, histórico y emotivo: todo el que vivía y era consciente en aquel entonces recuerda qué hacía y dónde estaba el 22 de noviembre de 1963. Igualmente, los habitantes de la Ciudad de México podemos re-

construir con fidelidad qué hacíamos la noche del 2 de octubre de 1968 o a las 7.19 h de la mañana del 19 de septiembre de 1985.

El memorial de Dallas puede dialogar en igualdad de circunstancias con el bloque de tezontle que honra la memoria de José Clemente Orozco. En la que ortodoxos y feministas nos afanamos en llamar Rotonda de los Hombres Ilustres en el Panteón de Dolores, la sobriedad del sepulcro del pintor mexicano se opone al generalizado afán por recordar a los grandes mediante la estatuaria, justificada en un México finisecular que en la épica pretérita fundaba su paz y prosperidad presentes, pero que en el siglo XX siente vergüenza de sus héroes, desde la colosal y abominable Cabeza de Juárez, testigo impasible de quienes van en busca de sus vehículos desvalijados y viven muy por debajo de la "honrada medianía" anhelada por el benemérito, hasta el bien intencionado mas prescindible busto sonriente de Luis Donaldo Colosio. Desde fines del siglo XIX, el paseo de la Reforma se convierte en la gran ruta histórica de los personajes más representativos de la centuria heroica. La habitual monotonía de semejantes proyectos escultóricos sufre una violenta y benéfica transformación gracias al genio del joven escultor Jesús F. Contreras, que reproduce a los personajes en momentos dramáticos y no estáticos de su actuación en la historia: Hermenegildo Galeana, superhéroe de la insurgencia, con el chaleco al desgaire y la pistola con la cual desafía a los sitiadores de Cuautla. Francisco Zarco, con sus anteojos quevedianos y su mano que sostiene otra arma de combate: una página del infatigable periódico *El Siglo XIX,* hermano de la ciudad y del libre pensamiento, en los que invisiblemente se funda lo mejor del nosotros que cada día soporta un nuevo peso.

Esta historia se hubiera escrito de otro modo de no haber nacido en el barrio, del cual ahora soy ajeno pero al que re-

greso como orgulloso intruso. *Fragmentos de un discurso amoroso,* formula Roland Barthes como una poética aquí aplicable, pues las páginas que integran este libro pertenecen a diferentes tiempos y espacios. El enamorado tiene como excusa dar testimonio de su enajenamiento y sólo puede hablar a partir de su experiencia. Las palabras que siguen son las de un enamorado.

Tlacopac San Ángel, otoño de 2016

SINTAXIS DEL PAISAJE

Cuando un viajero llega a la Ciudad de México y tiene poco tiempo para conocer su esencia a partir de un solo sitio elige el Museo Nacional de Antropología. Conocer Madrid es ir al Museo del Prado, como ir a El Cairo significa plantarse frente a sus pirámides, pero de igual modo hacerse parte del caos ordenado en el Museo Egipcio de El Cairo. No sucede así con Roma o Jerusalén, a las que es posible leer en cuanto nos salen al paso.

México es igualmente una ciudad de piedras. "Hablan las piedras", dice Luis Fernando Granados para referirse a las arrojadas por los ciudadanos de a pie que se rebelaron contra la invasión estadounidense en septiembre de 1847. Habla la piedra monumental de la terribe Tlaltecuhtli, diosa de la tierra, cuya imagen fue descubierta el 2 de octubre –no se olvida– de 2006 en la esquina de las calles Argentina y Guatemala, y que Leonardo López Luján ha curado, en todos los sentidos del término. Hablan y respiran las piedras en todas las esquinas de una ciudad que concentra tres culturas: la prehispánica, la virreinal y la llamada moderna.

Con más de medio siglo de existencia, no envejece el edificio para el Museo de Antropología, diseñado por el arquitecto Pedro Ramírez Vázquez. Limpio en su monumentalidad y su grandeza, parece recién construido. Su visitante experimenta un rito de paso desde que se incorpora al vasto espacio monumental del patio y a la enorme sombrilla-fuente que lo acoge. Al fondo está la sala Mexica. Para llegar a ella es preciso atravesar el patio, mirar desde lo lejos el gran ca-

racol de piedra que evoca tanto las grandes celebraciones como el llamado a la defensa de la ciudad. En medio hay un estanque habitado por peces y tortugas, en homenaje a la condición lacustre de la gran Tenochtitlan. Los carrizales y bambúes integrados al paisaje hacen regresar al visitante a ese momento en que los fundadores de la ciudad –al mismo tiempo sus descubridores– encontraron el sitio determinado por los dioses. De tal manera, la obligación de quien llega al museo es la de ser un descubridor, como recuerda Rubén Bonifaz Nuño:

> Lo fundado es anterior al fundador. La ciudad tiene ser real y cierto en la eternidad, y el fundador viene tan sólo a dar testimonio de tal existencia. Pero al dar ese testimonio, el fundador contagia con el tiempo la eternidad de lo fundado.

Sobre el umbral, donde se adivinan las palpitaciones de la monumental piedra del sol, una frase en náhuatl: *In itenyo in Itauhca in Mexico Tenochtitlan*, y su traducción al idioma que ahora nos hermana mayoritariamente: "Gloria y fama de México Tenochtitlan". En el muro de la izquierda, palabras provenientes de los memoriales de Culhuacán enfatizan el anhelo de quienes, al fundar la ciudad, la concibieron eterna. Un pequeño pueblo nómada se estableció en estos lares pantanosos para desarrollar una gran cultura y una gran ciudad:

> En tanto que permanezca el mundo,
> No acabará la fama y la gloria
> De México Tenochtitlan

A la salida del museo, o a su entrada, según se vea, las palabras del entonces secretario de Educación Pública, el poeta Jaime Torres Bodet, mucho dicen en breve:

> Valor y confianza ante el porvenir hallan los pueblos en la grandeza de su pasado. Mexicano, contémplate en el espejo de esta grandeza. Comprueba aquí, extranjero, la unidad del destino humano. Pasan las civilizaciones; pero en los hombres quedará siempre la gloria de que otros hombres hayan luchado para erigirlas.

El complemento de esta visita al corazón del México antiguo es el Templo Mayor en pleno centro. El viernes 26 de julio de 2013, con motivo de sus treinta años, se dieron cita los concheros del país. Allí parecían estar todos presentes. El teponaztli, las danzas, el copal nos regresaban a la ciudad antigua, a la emoción experimentada por los peregrinos al encontrar el sitio de asentamiento y fundación profetizado por los dioses.

*

El problema comienza desde el nombre. Al llamarla Ciudad *de* México, el complemento adnominal otorga al mismo tiempo sentido de pertenencia y de dominio. ¿Ciudad que pertenece a la nación de México o ciudad que exige el nombre del país entero? ¿Y el género? En fecha tan temprana como 1840, Guillermo Prieto no duda en darle el género femenino: "México es siempre hermosa... México, la hija gentil y opulenta del Nuevo Mundo, joven caprichosa y desgraciada; inquieta y desidiosa; cortejada por la ambición extranjera y envilecida por la criminal apatía de sus hijos".

La ciudad nació para resolver la nomadía y concentrar los avances y beneficios de una comunidad. Sin embargo, la vida en común no fue tan fácil en épocas pasadas: el palacio de los virreyes, actualmente el Palacio Nacional, debía estar flanqueado por sus funcionarios y por la figura máxima de autoridad, en medio de puestos ambulantes, humores y olores ajenos a la corte. Será necesaria la aparición del concepto

pueblo para que ese personaje colectivo ingrese con mayúscula en la historia y se incorpore al devenir de sus historias.

Literatura, ciudad y paisaje. ¿El orden de los factores altera el producto? Como entidad concebida para concentrar y repartir entre sus habitantes los más altos beneficios de la civilización, la ciudad es origen y receptáculo de la palabra. Ella es forjadora y acumuladora de historias. A semejanza de una cebolla o del propio planeta, da testimonio de las diversas capas que la conforman. El paisaje es el tercer elemento que permite unir ciudad y palabra. Naturaleza, humanidad y arquitectura son tres partes que intervienen para integrar lo que denominamos paisaje, aquello que lo vuelve no una entidad fija, sino un organismo vivo y en constante transformación.

México. Capital que hace uso del nombre del país y devora y centraliza cotidianamente sus recursos y operaciones. "De la famosa México el asiento", dice uno de los poemas consagrados a ella, la *Grandeza mexicana,* donde Bernardo Balbuena cantó en 1604 los esplendores de la capital de la entonces llamada *Nueva España.* "Ciudad de los Batracios", la rebautizó José Emilio Pacheco cuando la urbe se convirtió en la más poblada del mundo y dejó atrás la utopía de la Ciudad de los Palacios.

En su segunda acepción, el *Diccionario de la Lengua Española* define *paisaje* como "porción de terreno considerada en su aspecto artístico". Una definición que parece insuficiente, pues tan importante es la interpretación que, a través de sus óleos monumentales del valle de México, hace José María Velasco o la elegía de Alfonso Reyes en su *Palinodia del polvo,* como el papel que desempeña el ser humano en la conformación del escenario; así lo demuestra Casimiro Castro en las litografías de su álbum *México y sus alrededores,* donde concede importancia a montañas, nubes y edificaciones monumentales, pero también a los pobladores que ocu-

pan y modifican el ámbito urbano, desde las mujeres con mantilla que asisten a la ceremonia religiosa hasta el más humilde cargador que en el puente de Roldán acarrea las mercancías, parte de una multitud individualmente diferenciada. Castro es el más importante litógrafo de la segunda mitad del siglo XIX pero igualmente su notable cronista gráfico, el que a través de la imagen democratizante de la litografía da fe de las transformaciones de la urbe. Los esplendores de la litografía serán después los de la fotografía, como aquellas panorámicas de 1850 que dan fe de la panorámica urbana. Ellas se suceden a su vez por visiones cinematográficas de la época de oro, donde el paisaje urbano se transforma en protagonista central. En la película *Del brazo y por la calle*, el director Juan Bustillo Oro, además de incluir en los créditos a Marga López y Manolo Fábregas, añade como protagonista y actriz a la Ciudad de México.

La metamorfosis del paisaje tiene lugar mediante la intervención de la propia naturaleza, en sus fuerzas a veces benéficas, otras desastrosas; por cuestiones políticas, denominadas eufemísticamente "causas de utilidad pública", como la desafortunada decisión de aquel gobernador de Campeche que ordenó el derribamiento de la muralla milenaria que rodeaba la ciudad, con el pretexto de que le impedía la contemplación del mar. Aquí es donde se aprecia la necesaria comunión, de preferencia armónica, entre el paisaje natural y la luz armada de la arquitectura como síntesis de las artes mayores. Podemos cuestionar la arquitectura y urbanización de la ciudad de Pachuca; jamás la identidad intransferible que le otorga su reloj monumental en la Plaza Mayor. El poeta Gilberto Owen lo dijo con las mejores palabras:

> En las escuelas de Pachuca, ¡qué fácil será entender que la Tierra es redonda! Pero no cóncava, sino convexa, y que la naranja lo es vista desde adentro, la otra mitad del cielo. Todo el pueblo se ha hundido por el peso del reloj central,

> que cada cuarto de hora inicia una canción demodada. Esta música, a la larga, llega a pesar más que la torre misma.

De acuerdo con la antigua tradición tolteca, sobre la que basa su grandeza espiritual el Imperio azteca, ocupado en menesteres bélicos, una ciudad no tenía plena existencia mientras en ella no existiera una casa de canto, idea que llega hasta el siglo XX en un libro como *As de oros* (1981), donde el poeta Rubén Bonifaz Nuño recuerda sus combates iniciales con las armas y las letras y escribe:

> Amé también los labios puros
> de la sabiduría; su juego
> ilustre de lumbres y palabras,
> con su interestelar ascenso
> de enlazados cuerpos, de ciudades
> eternas fundadas sobre el canto.

Fatalidad y bendición para la gran Tenochtitlan haber sido fundada sobre el canto. El ardor bélico de los aztecas se oponía al cultivo del espíritu. ¿No ocurre así el día de hoy, cuando las tinieblas desatan sus panteras en todo el territorio de la patria mutilada? El reino de la ira dura el lapso en que se descarga. Cuesta más restaurar el de la armonía, pero gracias a ella persistimos. Como advierte Ignacio Bernal, en una de las más precisas y dolorosas metáforas de nuestro diario destino:

> [...] estos lagos son los creadores y destructores de los pueblos que produjeron. Generosos, todo han dado al hombre para quitárselo después bajo el lodazal. Ahora se encuentran secos y toman venganza de la ciudad que los ha destruido, haciendo de ella un barco que se hunde lentamente.

Conforme a la tradición establecida a partir de la lectura de varias fuentes, los peregrinos de Aztlán encontraron en una realidad tangible el símbolo que les permitía fundar la ciudad de acuerdo con la armonía celeste. Las espinas de la tuna en la base daban idea del arraigo difícil a la tierra. Las alas del águila real prometían la elevación celeste. Feraz, hostil y poco adecuado era el espacio, pero más grande la fe y la tenacidad de sus fundadores.

Como lo demuestra el trabajo ejemplar de los arqueólogos, en toda civilización palpitan restos de la ciudad que ha sido a través de los años. Incluso una urbe tan reciente como Nueva York exhibe en el museo de su Historical Society algunos de los objetos rescatados de las profundidades de la tierra. Lo que distingue a la nuestra es que se construyó sobre la base de lo destruido. La nueva ciudad trató de segar todo vestigio de la civilización vencida. Ejemplo de la omnipotencia de la historia es el relato "Chac Mool", de Carlos Fuentes, incluido en su primer libro de cuentos, *Los días enmascarados*, de 1954. Si bien puede ser leído como un magistral cuento de fantasmas, simbólicamente significa la permanencia de la historia y su eterno retorno: el tiempo cronológico frente a la omnipotencia del tiempo cíclico, continuamente renovado.

¿Qué hemos hecho con la ciudad en estos siglos? En 1469, unos años antes de la caída de ésta en manos de los españoles, el rey poeta Nezahualcóyotl había celebrado la transparencia del aire, que con el paso de los años adquiriría categoría de leyenda.

LA CIUDAD SOBRE EL LAGO

La niebla se tiende sobre nosotros:
Que broten nuevas flores bellas
y estén en vuestras manos entretejidas
¡será vuestro canto y vuestra palabra!

Flores de luz erguidas abren sus corolas
donde se tiende el musgo acuático, aquí en México,
plácidamente están ensanchándose,
y en medio del musgo y de los matices
está tendida la ciudad de Tenochtitlan:
La extiende y la hace florecer el dios:
tiene sus ojos fijos en sitio como éste,
los tiene fijos en medio del lago.

Columnas de turquesa se hicieron aquí,
en el inmenso lago se hicieron columnas.
Es el dios que sustenta la ciudad,
y lleva en sus brazos a Anáhuac en la inmensa laguna.

Y en 1982, en el poema "Tercera Tenochtitlan", Eduardo Lizalde traza un mapa, visto desde el aire, del nuevo monstruo engendrado por la modernidad:

Y es grande nuestra monstrua, de verdad.
Aterra verla desencadenarse a la distancia,
conservando su hermosura y su fealdad de bestia antigua,
despellejada, ajada y florecida a un tiempo
con su buena planta y casta
de encarnado alebrije proboscídeo.

Cinco siglos separan a ambos poetas. Cinco siglos en que se ha deteriorado la armonía entre el hombre y su entorno. Colorida, diáfana y en comunión con el Dador de la Vida, la de Nezahualcóyotl. Hostil, caótica, "escriturada por el Diablo", la de Lizalde. El poema de éste aumenta con la violencia y el desencanto con los que la ciudad avanza en su decadencia. La nueva grandeza mexicana tiene su contraparte en la ciudad miserable que crece como adolescente incómoda con su propio cuerpo, sin armonía ni orden. La dedicatoria del poema de Lizalde reza: "A Efraín Huerta, poeta de la ciudad". Con *Los hombres del alba*, aparecido por pri-

mera vez en 1944, Huerta hace entrar a la Ciudad de México en la poesía lírica. Su declaración de odio es el poema de amor más intenso que se ha escrito sobre la urbe. En otro poema, éste de 1958, "Avenida Juárez", el poeta escribe: "No hay respeto ni para el aire que se respira". Situado cronológicamente, el verso alude a la represión política que en ese momento histórico el gobierno desataba contra el movimiento ferrocarrilero. Leído en el peor momento de nuestra contaminación atmosférica, adquiere el carácter ecológico que Huerta no intuía. Leído en este fatídico 2015, la declaración de Huerta, "No hay respeto ni para el aire que se respira", vuelve a adquirir matices políticos desoladores.

Eduardo Lizalde fija la versión final de su poema *Tercera Tenochtitlan* en el año 2000. Y es entonces cuando escribe:

> Nací en la ciudad de México, ya se sabe, pero hoy es tan angustiosamente extensa, compleja y cambiante que ya no la conocemos sus hijos sino fragmentariamente, y el más devoto panorama histórico, pictórico o literario que sobre ella se intente no puede aspirar más que a una pobre vista, desolada o feliz, que borroneamos a vuelo de pájaro.

Las palabras de Lizalde son comprobables, pero también es cierto que los humanos tendemos a ejercer, ante la menor provocación, el oficio de la nostalgia, a pensar en que todo tiempo pasado fue mejor. En 1938, cuando la ciudad era abarcable, Salvador Novo declaraba que uno sólo puede aspirar a ejercer unos cuantos de sus sitios.

La obra de arte se adelanta a la formulación teórica. Lawrence Buell, profesor emérito de la Universidad de Harvard, desarrolla en su obra *The Environmental Imagination* su teoría de la ecocrítica, que lee las obras literarias desde la perspectiva ecológica. En su libro *El medio ambiente de México a través de los siglos*, José Iturriaga de la Fuente, fiel a su inquietud por el rescate de crónicas extranjeras, escribe las siguientes palabras:

El concepto de ecología y otros conexos son de reciente cuño, en todo caso del siglo XX e incluso algunos de sus postrimerías. Equilibrio ecológico, biodiversidad, desarrollo sostenible o sustentable, ecosistemas, ciencias del ambiente, eutrofización, lixiviados, biota, ambiente global, cadenas alimentarias, ambientalismo, desertificación, polución, esmog, lluvia ácida, inversión térmica, factor invernadero, megadiversidad, reciclaje, calentamiento global, casi todo ello se identifica o surge en las últimas décadas. No obstante, aunque siglos atrás no hubiera una comprensión integral de esos fenómenos o se usaran otros términos para si acaso esbozarlos, nunca faltaron mentes agudas que vislumbraron los conceptos ambientales que hoy conocemos, o empezamos a conocer.

En el libro de Iturriaga tiene un lugar de honor Alexander von Humboldt, a quien se atribuye como dogma la frase de que México era la ciudad de los palacios. En realidad, el autor de esa metáfora fue el inglés Charles Joseph Latrobe en su libro *The Rambler in Mexico,* publicado en 1836. En él se refiere a la ciudad *de* palacios, complemento adnominal que establece una diferencia cualitativa y cuantitativa. Su libro sirve de contrapunto para señalar la radical diferencia entre dos miradas viajeras. La de Latrobe es frívola, superficial y discriminadora, y no se cuida de matizarla. Sin embargo, no deja de reconocer que Humboldt es "el primero, el mejor y el único viajero moderno realmente filosófico, cuyas investigaciones, escritas hace treinta años, aún forman el libro de texto de cualquier visitante que desea conocer verdaderamente el país".

Viajeros anteriores y posteriores a Humboldt dieron noticia sobre la inverosímil transparencia del aire mexicano. Humboldt no se conformó con la admiración, sino que quiso develar el misterio de esa transparencia. Thomas Gage, en su libro *A New Survey of the West Indies,* aparecido en 1648,

al tener a la vista la Ciudad de México, exclama: "Nos pareció que la íbamos a tocar con la mano si bien distaba todavía la llanura donde está situada casi diez millas del pie de la montaña". Dos siglos más tarde, Latrobe elogia "una gloriosa mañana en que el brillante sol iluminaba las fachadas de los edificios como plata y esmalte". Pero si el país redescubierto por Humboldt es motivo de admiración y asombro, igualmente advierte sobre la disminución en las lluvias, producto de la tala indiscriminada de árboles:

> Esta disminución de agua, que ya se experimentaba desde antes de la llegada de los españoles, no habría sido muy lenta y poco sensible, a no haber contribuido la mano del hombre, después de la conquista, a invertir el orden de la naturaleza. Los que han recorrido la Península Ibérica saben cuán enemigo es el pueblo español de plantíos sombríos en las inmediaciones de las ciudades, y aun de las aldeas. Parece pues que los primeros conquistadores quisieron que el hermoso valle de Tenochtitlan se pareciese en todo al suelo castellano en lo árido y despojado de su vegetación. Desde el siglo XVI se han cortado sin tino los árboles, así en el llano sobre el que está situada la capital, como en los montes que la rodean. La construcción de la nueva ciudad, comenzada en 1524, consumió una inmensa cantidad de maderas de armazón y pilotaje. Entonces se destruyeron, y hoy se continúa destruyendo diariamente sin plantar nada nuevo... La falta de vegetación deja el suelo descubierto a la fuerza directa de los rayos del sol. Y la humedad que no se había perdido en las filtraciones de la roca amigdaloide basáltica y esponjosa, se evapora rápidamente y se disuelve en el aire, cuando ni las hojas de los árboles ni lo frondoso de la hierba defienden el suelo de la influencia del sol y vientos secos del mediodía.

Con su *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España,* Humboldt hizo una gran aportación al redescubrimiento de

nuestro continente, pero de la misma forma despertó la codicia del extranjero y contribuyó, acaso sin quererlo, a fomentar la leyenda de la riqueza mexicana. Uno de los fascinados por esa idea se llamó Napoleón III, que soñó con imponer un imperio en nuestra tierra. Lo encontró en la figura del archiduque de Austria, Fernando Maximiliano de Habsburgo.

Cuando Maximiliano llega a la Ciudad de México el domingo 12 de junio de 1864, hace su entrada no por la calle de Plateros, vía tradicional de los triunfadores, sino por la de Tacuba, la antigua calzada de Tlacopan. La primera calle se encontraba prácticamente destruida debido a la demolición del convento de San Francisco. Los conservadores satirizaban esta medida, adoptada por el gobierno de Ignacio Comonfort, diciendo que, como fieles románticos, los liberales querían fabricar ruinas donde no las había. Para llevar a cabo esa tarea demoledora, que no trajo las consecuencias de utilidad pública anheladas por el liberalismo, se acudió al carácter resuelto de Juan José Baz, quien emprendió una lucha a muerte contra los edificios religiosos. Ese gran historiador y defensor de la Ciudad de México llamado Guillermo Tovar y de Teresa hubiera estado de acuerdo con la afirmación de que Baz fue el mejor aliado del liberalismo y el peor enemigo de la arquitectura.

No obstante la brevedad de su estancia en México, entre 1864 y 1867 Maximiliano llevó a cabo una notable labor de modificación del paisaje. Además de la plantación que hizo en los jardines del Castillo de Chapultepec con ayuda del jardinero Wilhelm Knechtel y de los proyectos encomendados al arquitecto Carl Gangolf Kaiser, que de haberse llevado a cabo hubieran modificado radicalmente el aspecto cuartelario del Palacio Nacional, trazó el inicialmente llamado paseo del Emperador, cuya evolución es cuidadosamente seguida por el arquitecto Ignacio Ulloa del Río en su libro *El paseo de la Reforma. Crónica de una época (1864-1949).*

Una de las medidas iniciales de Maximiliano fue habitar el palacio de Chapultepec y convertir así en hito urbano uno de los edificios ignorados desde su construcción a fines del siglo XVIII. Gran parte de los óleos y grabados que representan la salida de Maximiliano y Carlota desde Trieste convierten en elemento protagónico el Castillo de Miramar. No es una metáfora: Maximiliano había encontrado en él finalmente el enclave del palacio anhelado para el fin de sus días. No es casual entonces que buscara en territorio mexicano un lugar que le recordara, al menos en espíritu, su morada en Trieste. Su llegada a la Ciudad de México y su estancia en el Palacio Nacional fue tan desastrosa como breve. El centro de la ciudad lo ahogaba. Su espíritu poético encontraría la expansión deseada en el bosque de Chapultepec, en el cerro del mismo nombre y en la construcción que coronaba su cima. Cuando llegó al lugar, la situación tampoco era halagüeña:

> [...] estaba en un estado espantosamente devastado al llegar nosotros. No había ni una ventana completa en todo el edificio, las cerraduras de las puertas habían sido arrancadas, el piso, que estuvo empedrado de ladrillos, como es el uso de por acá, había sido excavado y estaba lleno de huecos, las paredes se hallaban sucias y llenas de hoyos porque habían fijado palos de madera para colgar los uniformes.

Fue preciso hacer varios ajustes para que la pareja imperial quedara instalada en unas habitaciones relativamente modestas, aunque para la decoración de la nueva morada se trajeran muebles y accesorios de Europa. A Paula Kollonitz, una de las damas de compañía que acompañó a Carlota desde Miramar, se debe uno de los mejores retratos del país hallado por Maximiliano Y Carlota. El capítulo VII de su libro *Un viaje a México en 1864* registra su visita a Chapultepec. Se extasía en el bosque y, aunque a su parecer "la parte mayor

del edificio es larga y estrecha, de fea forma e incómoda distribución", por ella sabemos que la pareja imperial se instaló casi de inmediato en el Castillo, cuyo mayor lujo era el paisaje. Las palabras de Paula Kollonitz ayudan a comprender cómo era la Ciudad de México en ese 1864:

> De aquí se goza en toda su extensión de la encantadora cadena de montañas dominadas por los volcanes. De aquí se admiran interminables campos de maíz y de magueyes circundados por arbustos de amaranto llenos de flores, de ubérrimos prados en los que el ganado pace, de bellísimos caminos y los acueductos que, con sus inmensos arcos, dividen en dos partes la ciudad. De aquí se goza la vista de todo México, y por la maravillosa pureza del aire, se distinguen cada casa y cada ventana... La luz, el colorido, la claridad, da a todas las cosas el más grande atractivo y las hace aparecer en su más fascinante esplendor; el cielo, con ilimitada altura, lo cubre todo...

En su extensa labor poética reunida en el volumen *Tarde o temprano*, a partir de su libro *No me preguntes cómo pasa el tiempo*, José Emilio Pacheco reflexionó de manera lúcida y amarga sobre el presente y apocalíptico futuro de la urbe. En un poema de su libro *Los trabajos del mar* aparecen los volcanes, nuestro vecinos más distantes, aunque ahora difícilmente podamos mirarlos desde la ciudad, cuando antes estaban allí a todas horas y desde cualquier perspectiva:

Ayer el aire se limpió de pronto
y aparecieron las montañas.
Siglos sin verlas. Demasiado tiempo
sin algo más que la conciencia de que están allí circundándonos.
Caravana de nieve el Iztaccíhuatl.
Crisol de lava en la caverna del sueño,
nuestro Popocatépetl.

Si el poema de Pacheco "Las ruinas de México" es el supremo testimonio sobre el terremoto que hace treinta años cambió para siempre el paisaje físico y espiritual de la urbe, es porque en sus versos hay afirmaciones tan rotundas y objetivas como verdades científicas.

> Crece en el aire el polvo,
> llena los cielos.
> Se hace de tierra y de perpetua caída.
> Es lo único eterno.
> Sólo el polvo es indestructible.

La mayor parte de los fragmentos antes citados hablan de un presente dramático y un futuro que de existir será aún peor. Alan Weisman ha realizado en su libro *El mundo sin nosotros* un diagnóstico sobre el mundo impetuoso y renovado que resurgiría sin nuestra presencia omnipresente y dominadora. Sin embargo, opongo a ese Apocalipsis mi irresponsable optimismo. Confío en que la Ciudad de México no sólo habrá de sobrevivir, sino que habrá de seguir cambiando y adaptándose a su incontrolable crecimiento. Lo confirma otra frase de Rubén Bonifaz Nuño que habría que aprender de memoria como oración laica:

> El poeta, como hombre, se cumple básicamente por ser parte de la ciudad; sitio y raíz de solidaridad, la ciudad es ámbito del amor sensual y de la fraternal comunicación. El hombre, a fin de protegerla y conservarla y engrandecerla, admite con placer y ufanía su llamado al combate y en éste encuentra la consumación del honor de vivir.

Clementina Díaz y de Ovando solía citar al liberal Juan A. Mateos: "Qué país, qué paisaje, qué paisanaje". Lo inagotable de la expresión es su polisemia. Puede expresar asombro o reproche, admiración o condena. La misma ambigüedad

está contenida en las palabras que fray Diego Durán pone en boca de los fundadores de la ciudad:

> ¿Dónde merecimos nosotros tanto bien? ¿Quién nos hizo dignos de tanta gracia y grandeza y excelencia? Ya hemos visto lo que deseábamos y hemos alcanzado lo que buscábamos y hallado: nuestra ciudad y asiento.

Gabriel García Márquez lo dijo sobre Cartagena de Indias: "Cómo será de noble esta ciudad que a pesar de tantos siglos no hemos podido destruirla". En 2025, la ciudad de México cumplirá siete siglos de su fundación por los primeros habitantes. El paisaje de entonces no es el de ahora. Tenemos, sin embargo, el enorme privilegio de vivir en un gigantesco acumulador de energía que nos permite viajar en el tiempo y en el espacio.

Por todos los motivos ya expresados, este pequeño núcleo que tú y yo ahora somos, lector, si me has seguido y caminado conmigo por "la parte más verde y honda de la vieja ciudad", en "esta región de ruina", como escribió Efraín Huerta, por el solo hecho de nombrar a la Ciudad estás contribuyendo a defenderla.